

mienzan a morder en las mismas amortizaciones, desde luego aminorando las posibles formaciones de reservas. Un ambiente social, todo lo protector que se quiera, pero que no se adelante en sus exigencias al proceso de mejora económica general, porque, de otra manera, se habrá creado el mejor instrumento de coacción depresiva para, matando la iniciativa privada, reducir las inversiones y, en consecuencia, frenar el desarrollo progresivo de la economía, la creación de puestos de trabajo, la posibilidad de mejoras en la retribución del productor.

Y no se esgrima, en ningún momento, el argumento, que es una grave amenaza, de que a donde no acuda, industrialmente, la iniciativa privada acudiría la oficial. Puede que la creación de esa perspectiva, no sólo de que no cesarán las invasiones — invasiones, no inversiones — en el campo de la industria privada, sino que pudieran aún crecer más, sea la razón de las mayores dudas en la inversión privada, que siente que el Estado, en lugar de ser su protector, su

mejor amigo, se agiganta como posible figura rival, como su más temible competidor en el futuro.

No quisiéramos, el día de mañana, tener sobre nuestra conciencia de observadores diarios del hecho económico, el remordimiento de no haber evocado, a tiempo, la conveniencia de que no se eche en olvido que la inversión de capital, factor decisivo en el progreso de los pueblos, puede ser dinamizada únicamente por los factores psicológicos favorables. Crear éstos, dotarlos, convertirlos en ambiente nacional, es lo que debiera hacerse. Y no lo contrario. El dinero que una vez colocado, convertido en una inversión, pierde su autodeterminación y no tiene ninguna defensa, es receloso, retráctil, miedoso por naturaleza. Sin un ambiente psicológico prometedor, lo lógico es que se mantenga sin empleo, en pura liquidez, en cualquiera de las variadas fases del atesoramiento. Su sueño de marmota es lo que se debe evitar.

De «El Economista»

## Significación de las Cámaras Oficiales de Comercio, Industria y Navegación de España



El día 26 de junio pasado se celebró el cincuentenario de la creación de las Cámaras del Comercio y de la Industria. Bodas de oro de unos organismos que han tenido, tienen y tendrán gran trascendencia en las actividades económicas de España; este medio siglo de su con-

tinuo laborar es un buen observatorio cronológico para mirar desde él hacia atrás y hacia adelante, para hacer resumen de lo hecho y abrir el pensamiento a la esperanza del quehacer futuro. Y mejor que la estadística, el diálogo, la conversación, donde la palabra sustituye al número. ¿Quién mejor para

ello que el Presidente del Consejo Superior de las Cámaras Oficiales de Comercio, Industria y Navegación de España?

He aquí el nombre y el hombre: Don Alfredo Mahou de la Fuente. Y he aquí una pregunta también: ¿Vamos a dar a conocer ahora al señor Mahou? Su extraordinaria personalidad releva a uno de todo especial comentarista. En el Círculo de la Unión Mercantil e Industrial es conocido, e incluso popular, por cuanto su figura, y años atrás la de su padre, don Casimiro, han frecuentado los ambientes del Círculo y ocupado su tribuna numerosas veces, para, desde ella, dar magistrales lecciones. Pero tampoco podemos pasar por alto la figura del señor Mahou, que es un industrial nato, pero con el tiempo ha derivado, como complemento de su actividad principal, por el campo de lo finan-